

Williams García, Roberto, *Danzas y andanzas*, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa, Veracruz, México, 2007, tomo I, 405 pp., tomo II, 259 pp.

MARÍA ENRIQUETA CERÓN VELÁSQUEZ
Universidad Veracruzana

Danzas y Andanzas es el título de una compilación de muy diversos e importantes artículos que fueron escritos en distintos momentos de la vida académica y de investigación que realizó Roberto Williams García, durante su paso por la Universidad Veracruzana y sus andanzas a lo largo del territorio veracruzano y otras latitudes, como bien se denomina en el tomo 2 a los trabajos realizados en otras tierras no veracruzanas.

Los textos son una reedición, tomos 1 y 2, en los cuales se reúnen 30 artículos de la obra publicada del autor en revistas especializadas y de difusión, a partir de 1954. Se trata de una publicación que atinadamente hace la Editora del Gobierno del Estado de Veracruz, debido a la importancia de los aportes de Williams García, lo que la hace una obra de consulta obligada para cualquier persona interesada en la investigación antropológica en Veracruz.

Cabe mencionar que la primera edición que hace el Instituto Veracruzano de la Cultura, en 1997, se encuentra agotada, por lo que la aparición de estos dos tomos vienen a suplir tal carencia bibliográfica.

El primer tomo se inicia con un prólogo de Félix Báez-Jorge, el cual denomina el *Mito en persona*, en donde destaca algunos de los aportes del autor a la antropología mesoamericana. A este respecto señala: “A lo largo de más de cinco décadas su aguda óptica en el trabajo de campo y su pluma amena y precisa han producido sobresalientes contribuciones, citadas y discutidas por estudiosos de las más diversas orientaciones teóricas...” (*op. cit.*). Además, nos encontramos con una *Semblanza de Roberto Williams García* que hace Alberto Beltrán, en donde destaca varias de sus habilidades, como fotógrafo, como editor de su película documental *Carnaval en La Huasteca*, y como guionista para cine en *Los hijos del Jaguar* –destacamos nosotros sus dotes como etnógrafo singular. También en el tomo I se encuentra un *Liminar del autor*, en donde sostiene: “Mis intromisiones momentáneas en la parcela de la arqueología tienen justificación en el objetivo de la etnología, que es el estudio de la cultura” (*op.*

cit.). Lo importante del trabajo de Williams García es tratar de incursionar en la confrontación del dato antropológico desde la arqueología y la lingüística; hay en esta actitud una perspectiva más integradora de la explicación y la interpretación del dato etnográfico, este hecho se observa a lo largo de cada uno de los artículos incluidos en los dos tomos.

En el primer tomo se incluyen, además de lo arriba señalado, el capítulo 1, denominado *El Sur de Veracruz*, que introduce un comentario y los siguientes artículos: *El sacerdote de Las Limas*, *Vestigios olmecas en San Lorenzo*, *La Danza del Tigre*, *Etnografía de los náhuat* y *El rito de la sal*. Estos artículos se encuentran integrados en un orden más bien geográfico que temático, tal vez se antojaría presentarlos más por sus coincidencias y diferencias temáticas. Me refiero, por ejemplo, a los temas incluidos en el apartado del norte de Veracruz, en donde los náhuat del sur y los del norte comparten algunas creencias y ritos, independientemente de las diferencias lingüísticas. En cuanto a los carnavales de la Huasteca y los de las otras latitudes también comparten similitudes y diferencias, hecho que los hacen eventos singulares.

En este texto encontramos un apartado más sobre los olmecas, en donde el autor nos reseña la manera en que se dio el hallazgo del “Sacerdote de Las Limas”; indudablemente, la presencia de Williams García fue importante en tan significativo hallazgo arqueológico.

Vestigios olmecas en San Lorenzo es el título de un artículo en donde el autor se propone indagar sobre Tenochtitlán y más concretamente sobre San Lorenzo, el cual ha sido considerado más antiguo que La Venta y, por ende, cuna de la civilización mesoamericana. Este sitio es importante por las relaciones interétnicas que se dan entre mestizos, popolucas y nahuas. Según Williams García los popolucas son posibles descendientes de los olmecas. Este artículo se torna interesante, dado que existen hoy día muy pocos estudios sobre la situación lingüística de estos grupos y mucho menos que se aboquen a establecer esta posibilidad a nivel arqueológico y lingüístico. Según el autor, la exploración de sitios arqueológicos como el monumento número 34 y el descubrimiento de la gran cabeza, uno de los monumentos importantes de San Lorenzo, fueron importantes dada la antigüedad asignada. Otro artículo es *La Danza del Tigre*. En éste Williams destaca la importancia que ha tenido la presencia del jaguar en la cultura olmeca. Al respecto señala: “La cultura olmeca ha impresionado, en esencia, por su obsesión felina; la representación del tigre. La imagen del jaguar asedia en hachas, máscaras, estatuas, figuritas, altares, cabezas, glifos, petroglifos y pinturas” (*op. cit.*). Reseña las actividades que se realizan en este ritual; la danza se celebraba con el propósito de que hubiese buena cosecha. Según el

autor, “El tigre, deidad pluvial, se relacionaba, obviamente, con la agricultura” (*op.cit.*); plantea una relación entre el tigre y el maíz.

Etnografía de los náhuat. En este artículo Williams García menciona que existen semejanzas entre los grupos nahuas de Veracruz y el tenochca azteca. Basándose en otros autores como García de León, Wolf y Jiménez Moreno, señala que los pipiles llegan a partir del 800 dC al sur de Veracruz, donde encuentran al grupo olmeca o a sus congéneres, los popolucas. Sostiene que hubo influencia del popoluca en el pipil en cuanto al vocabulario. También es importante considerar estas diferencias porque el popoluca se encuentra emparentado con el proto mixe zoqueano, que a su vez se subclasifica en proto mixeano y proto zoqueano. El popoluca de Oluta y de Sayula corresponde al mixeano, mientras que el popoluca de Texistepec y zoque de Sotepan corresponden al zoqueano del Golfo. Hoy día hacen falta más investigaciones lingüísticas que se aboquen a comprobar o a refutar lo que Williams García sostiene en este artículo, con respecto a que existe una vinculación etnográfica entre el pipil y los tenochcas; así, trata de mostrar evidencias en los relatos recopilados. A este respecto señala. “Una investigación que afirme más etapas de vinculación entre los nahuas de Veracruz y los externos enriquecería este breve ensayo [...]” (*op. cit.*). Sin duda, nos deja a los lingüistas una interesante brecha de investigación para explorar.

Por último, en este capítulo presenta *El rito de la sal*, trabajo que trata del culto a la sal en la región olmeca del sur de Veracruz, lo cual le lleva a pensar que se trata de un ritual de antes de la conquista.

En el capítulo 2 nos presenta *Lo totonaco*. En este apartado, Williams García mediante el registro de danzas, leyendas y los mitos de la región trata de establecer una visión del mundo totonaquense, donde resaltan los papeles del sol y la luna. Otro aspecto que destaca es la relación Trueno Viejo, Huracán, Chac Mool. Según el autor, en el Tajín los totonacos relatan la existencia de un ser sobrenatural, el trueno viejo, que permanece encadenado en el fondo del mar y cuyos roncós rugidos comienzan a escucharse desde el mes de junio, prolongándose hasta julio y agosto. *Diversos nombres de la deidad Tajín* se llama este artículo, en donde el autor trata de correlacionar la similitud entre el relato sobre Trueno Viejo y San Juan a través de la tradición oral, manifestada en cuentos y leyendas. Trata de escudriñar desde la lingüística y la arqueología la correlación Trueno Viejo igual a Huracán igual a Chac Mool.

El Matarachín: rito del Dios dual. En este artículo el autor trata de explorar la dualidad, concepto y realidad que manejan todas las religiones, realiza el

registro etnográfico de la semana santa entre los totonacos de la costa del Golfo de México.

La Santísima Dualidad. Otro artículo en donde explora la concepción dualista del universo, mediante el registro etnográfico en una aldea veracruzana, la ejecución de la danza, la leyenda, la interpretación y etimología de Matarachín.

Finalmente, *Una visión del totonaqueño* es un estudio de las creencias míticas con las cuales trata de reconstruir toda una visión del mundo que conserva sólidos rasgos prehispánicos.

En el estudio *Totonacos de El Tajín* establece comparaciones con el altiplano y la selva y entre los tepehuas, en relación con el sol y la luna; para profundizar en la concepción del mundo totonaco-tepehua analiza los nombres de los personajes, de los dioses, a la luz de los nombres y significados autóctonos.

En *Religión totonaca*, el autor hace un minucioso recorrido de las prácticas religiosas de los totonacos y trata de reconstruir esta religión con base en evidencias arqueológicas, de archivo y de significados de los conceptos y dioses totonacos.

En el tercer apartado, *El Norte de Veracruz*, se incluye un comentario que versa sobre el papel que tiene el maíz como una deidad, y recibe el nombre Chicomexóchitl, que se traduce como *Siete Flor*.

También revisa el culto al *diablo* entre los otomíes, para quienes es el representante del inframundo, que proporciona además los dones de la fertilidad, así como su singular presencia en los distintos carnavales otomíes. Otro artículo interesante es la *Ofrenda al maíz*, entre los nahuas de Chicontepec; también registra las actividades que realizan los nahuas para el *Tlamanas*, que es la ofrenda o fiesta de recepción de los elotes, la cual comprende ofrendas, rezos, banquete, limpia, baile, danza, evocación y reconciliación. Williams García hace una recopilación de los rezos a Chicomexóchitl, presentándolos en náhuatl y español, lo cual permitiría analizar dichos actos religiosos desde la perspectiva lingüística y pragmática. Lo mismo sucede con los eventos que se realizan en Ixcacuatitla, que van desde el nacimiento, el bautizo, la adolescencia, el matrimonio y los funerales, además de incluir rezos sobre el entierro de la placenta en lengua tepehua y español, que muestran interesantes evidencias lingüísticas.

El carnaval en la Huasteca. Es un registro etnográfico de la comunidad otomí, El Zapote; el autor reseña la organización y realización de las actividades a lo largo del carnaval, en el cual se hace una ofrenda al cielo y a la tierra, a Dios y a los viejos; la comida sobre el altar es para el representante de la fiesta y la del

suelo para la tierra con el fin de que dé buenas cosechas. La presencia de los viejos en la Huasteca es importante para Williams, pues identifica la dualidad en la pareja de disfrazados de Pisaflores y porque son actores intermediarios entre el mundo del más allá y lo cotidiano. Al final del texto se incluyen interesantes rezos en versión bilingüe tepehua y español, se trata de plegarias y agradecimientos que tienen que ver con las parteras y los elementos que participan en los partos.

En el segundo tomo menciona que en el uso ritual de la *Cannabis*, la santa rosa cumple con importantes funciones rituales en distintas ceremonias y es utilizada sólo por los adivinos en los ritos otomíes. El quinto capítulo, denominado *Otras latitudes*, incluye su acostumbrado comentario, sus andanzas por Tlaxcala y su experiencia con el carnaval de Santa Cruz de Tlaxcala.

En *Los del Cardonal* presenta resultados de una investigación que le encomiendan el Instituto Indigenista Interamericano y la UNESCO. En *Colima: Fuego y palmeras [Esbozo de una cultura regional]* nos presenta sus andanzas por Colima, hecho que lo lleva a indagar sobre el náhuatl, dialecto del idioma principal, en donde trata de establecer una comparación de una voces del mexicano de Colima con el clásico, lo cual le permite determinar ciertas peculiaridades, así como semejanzas, cuyo propósito es determinar si esta variante es más antigua que el pipil del Golfo de México. Hace interesantes interpretaciones de los topónimos en náhuatl.

Fiestas de la Santa Cruz en Zitlala es otra de sus andanzas por Guerrero. Ahora su interés se centra en la contienda sangrienta entre disfrazados de tigres. Registra la fiesta de la Santa Cruz porque se interesa en la presencia de los tigres, la batalla entre ellos y, más que nada, en la correlación que podría encontrar con los tigres en el apogeo olmeca.

En su paso por Chiapas se interesó por los *Legendarios personajes que danzan en Coita*, por la presencia de los tigres. Según Williams, puede tratarse de la “mezcla de tradiciones que caracteriza al carnaval de Coita donde elementos olmecas y árabes se entretejieron para alejar a los nativos de sus dioses y creencias antiguas...” (*op. cit.*).

Finalmente, sostiene que el Pochó es una singular danza olmeca, aunque en realidad se trata de una danza mayanese, pero también integra tigres, cojós y pochoveras. Según el autor: “Este juego o Danza del Pochó es la única del país de clara filiación olmeca, por el papel que desempeñan los tigres, es decir, los míticos jaguares olmecas” (*op. cit.*).

Incluye la *Narrativa al aire libre*, trabajo que hizo en Michoacán sobre narrativa oral. Orizabita, Hidalgo, se sitúa en la parte norte de Ixmiquilpan, en

donde nos presenta aspectos etnográficos de este lugar y un complemento al artículo del *Carnaval en la Huasteca*, en donde agrega que el carnaval es una amalgama entre la creencia del ángel caído y la deidad prehispánica Tezcatlipoca, además de interesantes plegarias en otomí, rico *corpus* para poder realizar un estudio lingüístico de esta variante.

En fin, los textos resultan muy estimulantes para todo aquel estudioso que pretenda conocer e indagar sobre lo olmeca, lo totonaco, lo nahua y lo otomí en Veracruz y otras latitudes.

ESTUDIOS DE CULTURA OTOPAME

6

Editado por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, se terminó de imprimir en octubre de 2008, en Desarrollo Gráfico Editorial S.A. de C.V., Municipio Libre núm. 175-A, Colonia Portales, Delegación Benito Juárez, C.P. 03300, México D. F. Su composición se hizo en el IIA por José Luis Hernández Jiménez en tipo AGaramond 9:11, 10:12 y 11:13 puntos; la corrección estuvo a cargo de Guillermo Goussen y Adriana Incháustegui. La edición consta de 500 ejemplares en papel cultural de 90 g y estuvo al cuidado de Ada Ligia Torres.

